

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Las guerras y los trabajadores

Entre los que quisieran sinceramente terminar con las guerras se ha dicho y repetido hasta el cansancio que solamente los trabajadores podrían y deberían acabar con ellas, porque es al proletariado en general que le afectan directamente. Las víctimas inmoladas por el Moloch capitalista, en la protección de sus particulares intereses, son tomadas en infinita proporción entre las clases menesterosas.

No ha habido artista, pensador, filósofo que no haya denostado, maldecido la locura guerrera. Recordad a Voltaire y a todos los enciclopedistas; mucho más cerca, recordad a Eugenio Carrière, el pintor de las maternidades proletarias y de los barrios obreros, en su famosa contestación del *Worcester's*, el diario de la socialdemocracia alemana en la encuesta sobre las matanzas colectivas. El artista decía: *En todas las casas debería inscribirse: no peguéis, no maltratéis a los niños; porque la violencia individual engendra la violencia colectiva;* etc. Y el patriarca Ruskin, en sus cartas dirigidas a los trabajadores de Gran Bretaña, en el 1871? He aquí con qué palabras, con qué apóstrofes candentes los emplazaba: "En estos tiempos no existe crimen físico ni moral que se halle más lejos de todo perdón — sin ningún paralelo de culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra o practicar la invención de sustancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les levantas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques. ¿qué merced, qué perdón hay para tí?"

Estos apóstrofes de grave dramática debían repetirse continuamente como estríbillos; las crudas verdades sobre la envilecedora fagita del cuartel y del militarismo, que con ella quieren convertir a los hombres en brutos con hocicos y garras, habría que servirlos en todos los condimentos, hacerlas rebrillar en sus mil matices a fin de que los trabajadores se las estereotipasen en la conciencia, negándose rotundamente a ser víctimas o verdugos. Hay que predicar el odio santo a la guerra y también a la idea de autoridad, los dos prejuicios más intoxicadores de la mentalidad humana. No necesitamos desperdigarnos, dispersarnos en la prédica de múltiples puntos de vista. Quien mucho abarca poco aprieta. Nos son suficientes dos o tres ideas básicas, y hundir en esos dos o tres surcos la reja del arado hasta cavar profundamente en las mentes y en las conciencias y en la sensibilidad de los individuos.

Una de ellas, la principal, es la que ya fué entrevista por Ruskin, y la que por no haber sido realizada en la medida necesaria, hizo acaecer la gran guerra. Hay, pues, que desarmar las conciencias. Y para ello debemos dar la voz de orden a los trabajadores a fin de que se rechacen, no interviniendo, no inmiscuyéndose en cualquiera industria guerrera. Ya sabemos: es fácil decirlo, aconsejarlo; pero para hacerlo, llevarlo a la práctica ya es imprescindible tener una resistencia heroica, que no todos los parias poseen desgraciadamente.

No importa. Lo mismo debemos arrear. Se empieza siempre por las palabras, y luego ellas irán madurando los hechos. Inculquemos el asco, el aborrecimiento a la violencia, a la organizada sobre todo, como la más baja cobardía que puede cometer un ser humano, y después los resultados morales irán asomando.

Si en todos esos arsenales y astilleros donde se construyen armas y naves de

guerra se pudiese proclamar la deserción de los operarios, no sería el fin de las guerras, pero sí se daría un paso gigantesco hacia la terminación de ellas. Habría represalias por parte del Estado y de los capitalistas, lo natural de esperarse; caerían también muchas víctimas, quedando, en cambio, un precedente aleccionador, una prueba elocuente de la conciencia de los trabajadores. Y el ejemplo no tardaría en cundir.

Apresurémonos a declarar, por otra parte, que los únicos con ideas sociales que ansían con todas las energías de sus pobres humanidades la desaparición total de la guerra, arrancándola de cuajo, somos nosotros los anarquistas. Somos nosotros, que no tenemos ningún interés creado para regarlo y cultivarlo con la sangre ajena. Los políticos, mancomunados, desde los conservadores de cuantos países existen en el orbe hasta los socialistas de cualquier laya y pelaje, y los comunistas, todos esquivan y aplazan la cuestión. Y nosotros somos pocos. Y de estos pocos hacen número los que descuidan las ideas básicas, generales, por sus ideucas personales.

Lo inevitable de siempre. A ello debe imputarse un poco la lentitud del progreso del odio contra la guerra. ¿Que somos escasos y que no estamos todos los que somos? Tampoco esto importa. Son crisis pasajeras a las que hemos de sobreponernos.

Por lo pronto nos toca, desempeñar el rol del espectador pasivo ante los innumerables síntomas preanunciadores de

nuevas contiendas sangrientas entre los pueblos. Aquí, por ejemplo, hubo una riña entre los ministros del Estado por el famoso gasto autorizado en ley secreta por el Congreso para la modernización de los armamentos del ejército. Se pelean seguramente para saber quien escamoteará una mayor cantidad de dinero de esa suma astronómica. No llevan, por cierto, estos ladronzuelos de millones, ningún fin bélico, sino el de redondear sus respectivas fortunas.

Hay, sin embargo, otra noticia que nos inquieta más. La industria de Eibar se halla atravesando una crisis. Entonces, los armeros de todas clases acordaron constituir un sindicato de la industria armera, para tratar de conseguir se le permita la fabricación de armas de guerra.

Es nada más que una gota de agua en este mar de la fabricación de armamentos. No obstante, nos hace vislumbrar el estado de la conciencia contemporánea. Suponemos que, entre los patronos, quienes gestionan el asunto de la confección de los chismes bélicos, habrá también numerosos trabajadores.

La gente que sabe instruirse no toma al azar sus materiales, sino que los selecciona. — Mme. De Lambert.

Un buen libro, un buen discurso, pueden hacer mucho bien; pero un buen ejemplo es lo que habla con más elocuencia al corazón. — Confucio.



El terror de la Liga de las Naciones

EXCESOS DE CELO ENFADOSOS

Las religiones oficiales, así como las no oficiales, se apostraron dentro del geoglífico de sus dogmas: imagen exacta de la serpiente mordiendo a la cola. Esto ha sido su mejor fuerza, y ahora está siendo su más claudicante debilidad. El estancamiento absoluto había de traer inevitablemente la podredumbre interior. Los engañosos signos de vida que ostenta orgulosamente en los modernos tiempos post-bélicos, son únicamente los últimos impulsos de un cuerpo paralítico. Podrá vivir indefinidamente para las funciones animales. Y nada más.

Por eso no caben las figuras sinceras, los verdaderos creyentes, rarísimos de hallar: quienes, por una disposición especial de su mecanismo interno, podrán representar el simulacro de anacronismo viviente, en pugna con las verdades científicas de la hora; pero siempre poseerán el mérito de engañarse en pleno candor y sinceridad. Por ende, son seres respetables. Estos ya rebasan del límite estrecho y retorcido del dogma, y se verán aislados como personajes raros, propicios pensionistas de cualquier Opendoor, o manicomio.

Losregonadores de los milagros celestiales son quienes creen menos en ellos, y precisamente cuando se aparecen en forma de espíritus selectos, inquietos de nuevas verdades, revestidos de carne y músculos a la par de cualquier simple mortal. Los que se dicen descendientes de los mitológicos e hipotéticos doce apóstoles, constituyen los peores y más mortales enemigos de los apostolados, cuando éstos son capaces de escalar el verdadero heroísmo silencioso, en el sacrificio de ellos mismos.

Van Gogh, el pintor enamorado de la dorada luz de Provenza, estuvo un tiempo en Bélgica, en la época en que estallara una epidemia de tífus. Sus sentimientos nazarenos, de un altruismo pocas veces superado, le improvisaron enfermero. Y fué tanta la diligencia que desplegó en atender y cuidar a los enfermos, que un inspector del *Comité de Evangelización* constató "su enfadoso exceso de celo". Poco después se hizo misionero entre los mineros, quienes le tomaron un gran cariño y afición, y otra vez sus desbordes de misticismo, o más exacto, de bondad, provocaron las amonestaciones del obispado holandés haciéndole desistir de su empeño. Tuvo que renunciar a la carrera religiosa. En suma, la Iglesia no quiere que se la perturbe sus digestiones.

Del mismo país de nacimiento de este artista nos llega una noticia casi parecida. No se constata el enfadoso exceso de celo y sí la independencia mental, nociva y perjudicial a la virgínea integridad del dogma. Y todavía se trata de un pastor reformista.

Parece que el síndico general de las Iglesias Reformadas de Holanda suspendió por un trimestre al reverendo W. E. Geelkerken, quien, en unos sermones pronunciados recientemente, puso en duda la leyenda de Eva y de la serpiente; además, este pastor se negó a firmar un pacto comprometiéndose a interpretar *ad pedem litteram* — al pie de la letra — los Evangelios y todo lo que dice el Génesis.

El mayor y el pecado capital para la "Santa Madre Iglesia" no es el pecado de la carne, permitido y aun alentado, sino el que se refiere al espíritu.

Se ha dicho que si Cristo hubiese existido y se le hubiese ocurrido la humorada de resucitar verdaderamente, el clero y todo el mundo le volvería a crucificar. ¿Pero es que diariamente no crucifican o ayudan a crucificar todos ellos a los pobres cristos que surgen del pueblo en un incontinente afán de rebeldía?

que atribuiría a que el instinto sexual, una vez despertado, y excitado, tiende a aumentar hasta su satisfacción y en el estado de borrachera se conserva vivaz.

En la estrechez y la superpoblación de la vivienda proletaria, el bebedor se convierte en la hiena que cae artemente sobre las víctimas del cuartel de inquilinos, paralizadas en su fuerza de resistencia por condiciones de vida que matan todo sentimiento de rubor y que corrompen los hábitos morales.

Si dada la falta actual de viviendas, no podemos despoblar ya los cuarteles de inquilinos, debemos, al menos, combatir el alcoholismo, para expulsarlo de la vivienda proletaria.

Veamos retrospectivamente el material expuesto: vemos amontonados hombres en viviendas insanas, viejas, y esos hombres son predisuestos por su situación a los desvíos morales que a consecuencia de la estrechez de la vivienda son enormemente peligrosos en sus consecuencias. Hemos reconocido la miseria de la habitación como una fuente apastada de plagas para el cuerpo y para el alma del pueblo.

La penuria de la habitación disminuye las zonas de defensa en muchos casos hasta el extremo. Diversos miembros de la familia duermen en una cama; la hija de diez y seis años duerme entre el padre y la madre en una misma cama; Hans y Henting da cuenta de un caso parecido en relación con una estadística sobre los delitos de incesto: según la estadística de éste, que abarca 95 casos, el lugar del incesto en la habitación, en especial el dormitorio en 73 casos, la cocina en 5, el bosque en 4, el establo en 2, el sótano, el taller, la buhardilla, la taberna, los viajes, el jardín, la carretera, etc., en una vez cada una.

El señor von Henting observa: "En el dormitorio debemos suponer casi siempre penuria de espacio, pues sólo en la mayor estrechez podría pasar desapercibido el

delito para la madre u otros miembros de la familia."

Creo haberles hecho comprender en mi conferencia la urgencia de combatir la penuria de la habitación, pues apenas habría una tarea social más apremiante para nuestro pueblo y nuestros gobiernos.

Hemos visto que la miseria de la habitación no ha surgido de la guerra o de la revolución, sino que es una vieja pena, causada por nuestro orden social al revés, ante todo porque la tierra, que necesitamos ineludiblemente para poder vivir, y que no puede acrecentarse a voluntad, lleva en sí el carácter de monopolio y sin embargo es negociada, como cualquier artículo producible a voluntad.

Las condiciones urbanas de la vivienda están dadas por el orden de edificación de la comuna, por los principios político-agrarios y la práctica comunal. Los consejos deliberantes y parlamentos provinciales, así como los órganos de administración estatal y comunal son los creadores de las leyes referentes a la comuna. Pero en última instancia, deciden abierta o simuladamente en las corporaciones legislativas los propósitos del capital financiero y terrícola.

El cuartel berlinés de inquilinos es, por ejemplo, el producto esencial del viejo plan de edificación de 1858. Entonces se eligieron diputados al parlamento provincial en base a un sistema electoral, sobre el cual el propio *Kreuzzeitung* escribió el 18 de abril de 1866: que no "testimonian otra cosa que la representación del capital financiero con la apariencia mentirosa de ser una representación de todo el pueblo"; — la "formación de una moderna aristocracia del dinero" significa "que todo lo elevado y lo noble es hundido en el polvo del más vulgar materialismo". El sistema electoral de entonces contenía todavía el privilegio de los propietarios de casas, según el cual la mitad de los puestos de concejal eran reservados a los caseros, es decir se ase-

guraba la mayoría a aquellos partidos que estaban interesados contra el interés público en los altos alquileres (que significan también un alto precio de la tierra), en la edificación elevada, en los cuarteles de inquilinos, es decir en el aprovechamiento inescrupuloso más rentable posible de la tierra y en la lenta ampliación de las ciudades, es decir en la más grande densidad de la población, en el agudizamiento de la demanda de viviendas. Llevaría muy lejos la demostración con ejemplos del sistema de corrupción de entonces.

La tierra no debe abandonarse a particulares como objeto comercial privado. No puede quitarse sencillamente a los propietarios que la adquirieron de una manera judicialmente inobjetable, pero el Estado puede forzar económicamente a los propietarios de tierra, por medio de impuestos, a que sometan su tierra a la finalidad social natural (1).

Estos días me decía el propietario de algunos cuarteles proletarios de inquilinos: "Para mí es completamente igual si tengo en mis casas viviendas para hombres o chiqueros, siempre que sea indemnizado debidamente". Esa expresión aclara meridianamente la situación...

VICTOR NOACK

(1) *Al transcribir documentos como estos, naturalmente, pasamos por alto las partes en que los autores insinúan medidas para remediar el mal descrito; nuestros lectores harán seguramente lo mismo, pues nosotros no sólo rechazamos fundamentalmente la intervención del Estado en la vida social, sino que combatimos la institución misma del Estado.*

N. de R.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque A Batalha" — porta voz da organizacao operaria portuguesa.

Es un volumen bien presentado tipográficamente, y de texto variadísimo. Su sumario nos dará una idea aproximada de la riqueza de información y de sus relatos, sus divulgaciones de conocimientos científicos, históricos, literarios: Almanaque o Calendario del año, con el detalle de todos los meses; datos para la historia del movimiento sindicalista de Portugal; resumen diario de hechos notables de la vida obrera; militantes y propagandistas muertos; ciencia, sociología, arte, literatura y crítica; curiosidades históricas y científicas; anécdotas, pensamientos; organizaciones sindicalistas; legislación obrera; direcciones de las organizaciones obreras nacionales.

Está ilustrado con grabados que aluden en su mayoría a las gestas revolucionarias del proletariado portugués, y a los hechos vandálicos cometidos contra el local de "A Batalha" con el empastelamiento de su imprenta — sucesos ocurridos hace algunos años. También trae la lista de toda la prensa social-anarquista y sindicalista que ve la luz pública en Lisboa.

Aprender bajo la dirección de un maestro, me fué rehusado. Sin embargo haría muy mal quejándome de ello. El estudio solitario tiene también su valor. No nos obliga a moldearnos con el troquel oficial; deja intacta nuestra originalidad. El fruto silvestre, cuando llega a su plena madurez, posee otro sabor que el que producen las tierras de los invernaderos.

J. H. FABRE

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos — hablo así para ponerme en su manera de ver — que han acumulado capital, la gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por sí mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explotar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiese uno podido producir mucho más de lo que le es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiese creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras.

Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comandadores recién enriquecidos?

Ambrosio. —No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.

Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

Jorge. —No los removamos si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno y, desarrollándose, acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.

Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del ahorro? De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados!

Ambrosio. —He aquí la cuestión. La tierra inculca, estéril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y naturalmente tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

Jorge. —Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?

Ahora bien, ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios a menudo inmensos, que no trabajan ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menudo, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?

La verdad es que para la tierra, como para lo demás, y más todavía, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificarla si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza, en cuyo caso... ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

Ambrosio. —Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de propiedad no habría seguridad ni trabajo ordenado; y la sociedad se disolvería en el caos.

Jorge. —¿Cómo! ¿ahora habla de utilidad social? ¡Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad privada produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto!

Pero basta por esta noche. Disculpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

VI

Jorge. —Y bien, ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada, y por haberla publicado, aquel periódico ha sido secuestrado (1).

Ambrosio. —¡Ah!

Jorge. —No, usted no sabe nada, claro está... No comprendo cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas críticas de sus adversarios. ¡Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confisca!

Ambrosio. —Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público...

Jorge. —Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima.

Si mis conversaciones le aburren, dígamelo... e ire a hablar a otra parte.

(1) *Algunos de estos capítulos fueron escritos en 1897 y publicados en L'Agitazione de Ancona, que era frecuentemente víctima del secuestro.*

Ambrosio. —No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro, diré una palabra al procurador del rey. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el derecho a discutir.

Jorge. —Continuemos, pues. La otra vez, si me acuerdo bien, al defender el derecho de propiedad usted tomó por base primero la ley positiva, es decir el código, después el sentimiento de justicia, y por lo tanto la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto.

Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para sustituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuviesen el máximo bienestar posible.

Ambrosio. —Pero verdaderamente yo no veo con qué lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, se deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su padrín.

Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecha según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos... pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplea, al menos mientras los emplee.